



NUESTRA SEÑORA DEL PUIG.

ROMANCE RELIGIOSO.



Quiero contar una historia,
 escuchad, quiero que sea
 la de una imagen sagrada
 que nuestra patria venera,
 y aunque hoy mas en olvido
 que en otro tiempo se encuentra,
 su importancia no por eso
 se menoscaba ni amengua.

La imagen es de María;
 ¡de María! hermosa estrella
 que en las tormentas del alma
 el puerto de paz nos muestra;
 ¡de María! flor preciada
 que exhala amor por esencia;
 ¡de María! de esa Madre
 bondadosísima y tierna
 que en el cielo nos aguarda,
 que nos consuela en la tierra.

—De los Angeles la nombran,
 y el lugar donde está espuesta
 á nuestros cultos piadosos,
 se titula el Puig de Enesa.

¡Señora! Sé lo que valgo,
 poco tengo de poeta;
 mas, si me atrevo, tu gloria
 busco solo. ¡Ah! ¿quién pudiera
 hasta tu sólio elevarse?

¿Quién de las altas esferas
 la inspiracion arrancara
 para cantar la esclencia
 de tus muchas perfecciones?

Pero no; mejor quisiera
 de tu dulcísimo amor

lleno el pecho, el alma llena,
 yo solo amarte por todos
 los que tu nombre desprecian.

I.

Principiaba el siglo octavo,
 los reyes de España eran
 de la estirpe de los Godos;
 la religion verdadera
 en la nacion dominaba
 como la única y buena.

Mas ¡ay! que pueblos y reyes
 se llenaron de soberbia,
 á su Dios desconocieron
 y en culpable indiferencia
 se entregaron á los vicios,
 al desenfreno y la fuerza,
 y ni autoridad de padre,
 ni la dulce voz materna,
 ni las canas de los viejos,
 ni el honor de las doncellas,
 merecian el respeto
 que altos mandatos ordenan.

Virtud, honradez, decoro,
 nombres, solo nombres eran
 que hipócritas encubrian
 las mas infames miserias.

¡Oh España, España de ahora,
 cómo semejas á aquella!

Dios que al pecador tenaz
 juez justiciero se muestra,
 el ceño frunció irritado

y mostró la faz severa;
«Nacion, dijo, de protervos
yo haré que mi influjo sientas.»

Y dejando en su albedrio
á los génius de la guerra,
como raudó vendabal
que derrumba cuanto encuentra
ó como el agua iracunda
de avenida turbulenta,
pronto España fué invadida
por las huestes agarenas.

En medio del desconcierto
que reinaba por doquiera
aun quedaban buenas gentes
de religiosas creencias.

Al ver llegar de los moros
la asoladora tormenta,
al ver templos profanados,
al ver robadas sus prendas,
al ver las santas imágenes
sirviendo de escarnio y befa,
lentos de llanto los ojos
y llena el alma de pena
con piedad se apresuraron
á guardarlas y esconderlas.

Esto debió acontecer
en la poblacion de Enesa,
y cuentan las tradiciones,
y algunas memorias cuentan,
que una imagen ocultaron
que estaba tallada en piedra,
en la piedra del sepulcro
de la que ella representa;
que fué de ángeles obra
y que allí la condujeran
para que el pueblo adorara
copia y realidad en ella;
que un convento de Basilios
al amparo de su iglesia,
se fundó para asistir
á su cuidado y decencia,
y así estuvo hasta el momento
que evitando fuese presa
de los moros, la dejaron
escondida bajo tierra.

Esto es cuanto se trasluce
de tan apartada época.

¡Oh España, España de ahora!
reflexiona y escarmienta.

II.

Algunos pocos cristianos
refugiados en las breñas
de los montes Pirineos
dieron el grito de guerra,
y á la mágica palabra
de—Patria é independencia—
la reconquista emprendieron
de la patria que perdieran.

Como el agua que socava
gota tras gota la peña,
poco á poco así estendieron
su dominio y prepotencia.

Pasó un siglo y otro siglo
(que el tiempo incansable vuela)
lo que fuera humilde arroyo
llegó á corriente altanera,
y se trocaron en reinos
aquellas pobres viviendas.

La corona de Aragon
ciñó por fin la cabeza
del rey D. Jaime el primero
de fama imperecedera,
del que conquistó á los moros
mas ciudades y mas tierras
que ganaron sus mayores
en mil reñidas contiendas.

Bajo el cielo mas azul,
en medio de una pradera
sobre una alfombra de flores
tentadora está Valencia.

Valencia, la rica joya,
la preciosísima perla
que los hijos de Ismael
por cinco siglos sujeta
en su poder la mantienen.
¡Cinco siglos! larga fecha;
mas D. Jaime ya del yugo
opresor librarla intenta.

A tres leguas de distancia,
hácia el confín de la vega,
al norte de la ciudad,
sobre unas lomas pequeñas
un pueblecito se hallaba
coronado en su eminencia
por reducido castillo
con honor de fortaleza.

Este era el Puig; el monarca

de Aragon allí se acerca,
establece sus reales,
marcha á Zaragoza, y deja
tropas y fuerte al cuidado
de D. Bernardo de Entenza
hasta mejor coyuntura
para el logro de su empresa.

Tambien queda allí Nolasco,
varon de virtud y ciencia,
muy devoto de María,
muy favorecido de ella,
que antes tuvo en Barcelona
la dicha sin par de verla
y en su honor, de la Merced
fundó la órden escelsa.

No gozaron los cristianos
con tranquilidad su presa,
que alarmado el rey Zaen
un fuerte ejército apresta.

Cuarenta mil son los moros,
dos mil los que el Puig alberga,
á tan gran desigualdad
¿quién por Aragon no tiembla?

Sin embargo D. Bernardo
se apercibe á la defensa
y antes que verse encerrado
en el campo se presenta.

¡Pobres cristianos! ¿qué harán
contra la oleada inmensa
de enemigos? ¡Ah! ya ceden,
ya hácia el fuerte se replegan,
pero cuando el monte suben,
cuando algunos ya franquean
los umbrales del castillo,
se escucha una voz tremenda
que les dice— ¡á ellos que huyen!
y cual bandada dispersa
de asustados pajarillos,
ven que los moros se alejan.

Solo fué ya menester
el seguirles la carrera,
porque solo con seguirles
ellos mismos se atropellan.

Inútil es el decirlo,
la victoria fué completa.

Un caballero arrogante
de figura muy apuesta
con una cruz en el pecho
ayudaba en la pelea;

ninguno le conocia,
ninguno supo quien era;
por San Jorge lo tuvieron
y persiste esta creencia.

III.

La vida del campamento
es un continuado alerta.

Allá en las horas calladas
cuando brillan las estrellas,
*cuando las pintadas aves
mudas están, y la tierra
atenta escucha á los rios
que al mar su tributo llevan,*
para que descansen unos
otros han de estar en vela.

Una noche y otra noche
los dispiertos centinelas
observaban unas luces,
del campo cristiano cerca,
que al parecer desde el cielo
descendian á la tierra

¿Qué será? ¿que podrá ser?

Estos, ¡ay! se desalientan,
aquel se encoje de hombros,
otro muestra indiferencia
y muchos del moro audaz
en malas mañas sospechan,
mas al fin de mil versiones
nadie en el prodigio acierta.

Solo Nolasco adivina
que aquellas luces encierran
algun venturoso arcano
y su aclaracion intenta.

Llega el dia; era domingo,
la aurora asomaba apenas
cuando gefes y soldados,
y plebeyos y nobleza
siguen de Nolasco en pos,
y sus pasos enderezan
hácia el lugar donde vieron
las incomprensibles señas.

Miran, buscan, escudriñan,
una parte y otra tientan,
y ya quizá desfallecen
cuando, á un golpe de piqueta,
una vibracion se escucha
que infunde esperanzas nuevas.



Allí acuden, allí cavan,
y una campana allí encuentran;
la levantan. ¡Dios loado
por siglos de siglos sea!

Una imagen de María
ante sus ojos se muestra;
una bellísima imagen
hecha en relieve, de piedra,
de la piedra del sepulcro
de la que ella representa;
la que labraron los ángeles
y que allí la condujeran
para que el pueblo adorara
copia y realidad en ella;
la que por salvar del moro
fué escondida bajo tierra.

De su historia antepasada
como irrecusable prueba
en la campana un letrado
dice así en góticas letras:

«¡Oh santa Virgen María!
por nosotros á Dios ruega.

Sea propicia tu imagen
que fué por ángeles hecha
de piedra de tu sepulcro.
Tus siervos te reverencian.

Huyan lejos de nosotros
truenos, rayos y centellas,
con el son de esta campana
que te hicieron en la Era
del nacimiento de Cristo
año seiscientos sesenta.»

Pronto los vivos y salvas
en el campamento suenan,

todos alegres rebullen,
y van, y vienen, y entran,
y salen, y en procesion
devota por fin se ordenan,
y en hombros alzada en triunfo
á la santa imagen llevan.

Apenas al rey D. Jaime
le llegaron estas nuevas,
vino presuroso al Puig,
y ya no dejó su empresa
hasta que al pié de la Virgen,
de fervor el alma llena,
gozoso puso las llaves
de la ciudad de Valencia.

¡Oh purísima María!
Hoy te repite mi lengua
de la campana la súplica:
«Por nosotros á Dios ruega.»

Mira á la España de ahora
cuanto á la goda semeja;
las enseñanzas cristianas
en total olvido quedan
y hasta hay hombres ¡desdicha-
dos!

que insultan tu gran clemencia.
Perdona su error; mas Virgen,
por tu amor que no consentas
que á manos de la impiedad,
como á manos sarracenas,
en nuestra patria se acaben
las verdaderas creencias.

S. N.

